

Los principales deberes que les incumbe llenar consisten en fabricar los objetos rituales, organizar las fiestas y llevar la leña necesaria para el fuego del templo.

Además de los mencionados ayudantes, hay un individuo que desempeña las funciones de sacerdote cantor, de categoría superior á cualquiera otra, pues su dignidad es más grande que la del guardián del Padre Fuego. Es, de hecho, la cabeza espiritual de la comunidad, y lleva el registro de fechas para las fiestas y ceremonias, de acuerdo con las comunicaciones que se le supone recibir de los mismos dioses. Este sacerdote ó *maleácami* es actualmente el jefe y goza de más autoridad que el mismo *tatohuán* ó gobernador.

Hay siempre al cuidado del templo un ayudante, que hace las veces del *maleácami*, quien vive con su familia junto á la sagrada mansión, en un adoratorio ó en alguna choza. Todos los ayudantes, lo mismo que sus mujeres, están obligados á guardarse mutua fidelidad durante el desempeño de su misión. Los nombran cada cinco años, que es cuando se renueva el templo, techándolo, etc., y se inaugura cada ciclo de cinco años con una gran fiesta que dura una semana, en la que siempre cae el día de la Virgen de Guadalupe, la santa patrona de México.

CAPÍTULO IX

SATISFACTORIA ENTREVISTA CON LOS INDIOS PRINCIPALES—IMPORTANCIA DE LA CAZA DEL VENADO EN EL CULTO—COMO MANIFIESTA EL JÍCULI SU PODER—CURACIÓN SEGURA DE LOS PIQUETES DE ALACRÁN—VISITA Á LA MECA DE LOS HUICHOLES—LA CUEVA DE LA DIOSA MADRE—LUGAR DONDE NACIÓ EL DIOS DEL FUEGO—TE-ACATA—OTRAS CUEVAS SAGRADAS—PROBANDO EL JÍCULI.

AL punto como llegó el alcalde, fui á verlo, y encontréme con un hombre muy inteligente, que había vivido bastante entre los mexicanos y hablaba muy bien el español. Mucho, por supuesto, había oído decir acerca de mis hechos, pero se convenció de que ningún daño causaría mi presencia. Era el mismo alcalde ante quien se me había acusado, pero á la vez era *shaman*, y siempre gocé de la estimación de esa clase sacerdotal, excepto únicamente, á lo que puedo recordar, con el excéntrico miembro de la profesión que se declaró contra mí en Pochotita.

Tuve una satisfactoria entrevista con los habitantes principales que se mostraron complacientes en obsequiar mis deseos; pero antes tenían que ir á la sierra donde los mexicanos estaban haciendo de las suyas en los bosques. Conseguí dos indios para enviarlos á Tepic por mi correspondencia, y un hombre llamado Felipe, dueño de un rancho próximo, me arrendó tres vacas que me ordeñaban diariamente. Así resolví el problema de mi alimentación, á tal punto que llegó á decirme un indio: "Usted no come tortillas ni frijoles; nada más leche y leche. ¿Cómo es eso? ¿Acaso es usted Dios?" Con todo, la gente de

Santa Catarina es la menos servicial de los pueblos huicholes, pues como viajan mucho y se mantienen en frecuente contacto con los blancos, se han contaminado. Puede decirse que son los hombres mundanos de la tribu en el malo y en el buen sentido del término. Porque poseen el templo principal y la mayor parte de las localidades sagradas, se consideran superiores á sus compatriotas.

No bien habían salido los indios al arreglo de sus dificultades, cuando llegó una partida de portadores de jículi. Por gran fortuna mía, las triviales disputas de límites no distraían á los naturales de su devoción religiosa, y todo su empeño era tener el número necesario de venados para la fiesta cuya celebración se aproximaba. Hasta entonces vivían lo más en el templo, punto de partida de sus expediciones de caza. Acostúmbrase perseguir al venado cinco días sucesivos, después de que los conductores de la planta se han preparado debidamente por medio de ayunos. Oran y cantan toda la noche; al primer albor de la aurora salen del templo; practican los ritos concomitantes con la partida, y marchan con sus perros antes de que aparezca el sol en el horizonte.

Al regresar por la tarde, ningún cazador pasa más allá del templo, sino que ocupan generalmente sus asientos, quietos y meditativos, y esperan á que llegue la noche para renovar sus cantos y plegarias. Mientras más tardan en reunir el requerido número de venados, más crece la excitación general y más severos son los esfuerzos para inducir á los dioses á acceder á sus súplicas. Las pausas del canto que, por lo común, son dos ó tres en el curso de la noche, llegan á reducirse á una muy corta; las preces se hacen cada vez más fervientes, y al oír desde mi tienda, situada como á cien varas de distancia, el estrépito de las voces en el silencio de la noche, me maravillaba que el techo del templo pudiera resistir á la fuerza de tanta devoción.

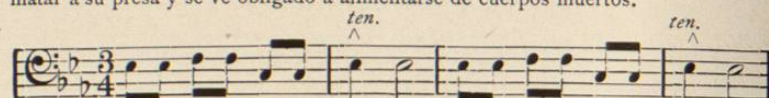
Si los resultados de los cinco días de caza no son satisfactorios, se resuelve emprender otra partida, y en caso de que aun esta vez se muestren desfavorables los alrededores del santuario, cargan con todos sus objetos sagrados á la sierra, donde están seguros de encontrar cuantos venados necesitan. Se considera procedimiento muy eficaz para hacer caer al venado en la trampa, el frotar dos huesos estriados de venado, á fin de producir un ruido que sirva de acompañamiento al canto de los cazadores. Cógese para ello, asiéndola de la punta con la mano derecha, una escápula que se restrega contra las muescas del otro hueso asido con la izquierda. Consiste otro acompañamiento en hacer sonar el arco musical (Vol. I, pág. 475). En alma y cuerpo entréganse los jiculeros á solo un pensamiento: matar los venados y dar término á la fiesta para verse libres de tantas restricciones. Nunca dejan de capturar las piezas necesarias, pues afirman que el sacerdote no cesa de rezar hasta que el fuego dice: "Sí." Cada vez que se presentan los cazadores con un venado, la carne, después de cocida, se corta en cuadrados pequeños que se ensartan en cuerdas para colgarlos á secar, condición en que se dejan hasta que tiene efecto la fiesta.

Pueden continuar cazando, como queda dicho, durante varias semanas hasta haber matado ciervos suficientes para complacer á los dioses. Preguntará el lector como pueden los indios soportar tanta fatiga física en que la falta de alimento y de sueño va acompañada de tan dura y constante actividad; pero la respuesta es sencilla: conservan su energía y su impulso con la ayuda del jículi. Cada cazador lleva en su bolsa de tres á seis plantas que se come en el curso del día. De cuando en cuando cortan una rebanada longitudinal, que saborean como si fuese una manzana, y así consumen de una sola vez desde la cuarta parte hasta la mitad de un jículi.

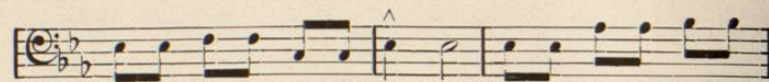
Fácil es reconocer por la sonrisa de felicidad pintada

CANCIÓN HUICHOLA DE LA CAZA DEL VENADO

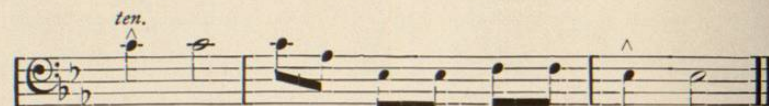
Es parte de una larga canción que relata las aventuras del zopilote de cabeza roja, que es un gran hechicero, quien con su pico revivió al venado, muerto por los dioses. Los dioses se apoderaron del zopilote y le quitaron sus flechas en una montaña sagrada, llamada Airulita, que es de color rojo, uno de los lugares donde es fama que tuvo nacimiento el fuego. Desde entonces no puede el zopilote matar á su presa y se ve obligado á alimentarse de cuerpos muertos.



Vileque Vileque vac-u - ja - ne Vileque Vileque vac-u - ja - ne
Zopilote, zopilote, lo cogieron. Zopilote, zopilote, lo cogieron.



Yu-chu-kya - te vac-u - ja - ne Ai - ru - li - ta vac - u -
Alisaron sus plumas, (cuando) lo cogieron. (En) Airulita ellos lo

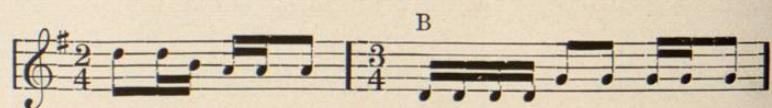
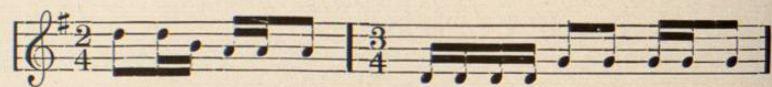
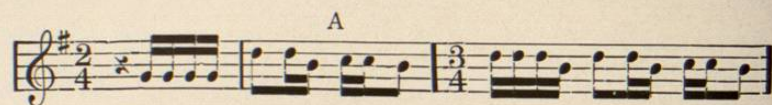


ja - ne Ai - ru - li - ta vac - u - ja - ne
cogieron. (En) Airulita lo cogieron.

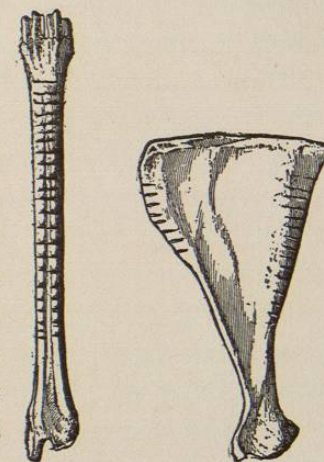
CANCIÓN HUICHOLA DE LA CAZA DEL VENADO

Transcrita del gramófono.

Se acompaña frotando dos huesos de venado con muescas.



en su rostro y por el brillo peculiar de sus ojos, á los comedores de jículi, que siempre están alegres y cantadores. Al andar tienen en sus movimientos mayor velocidad que de ordinario, sin dejar de conservar su firmeza, y sus éxtasis no son en modo alguno comparables á los efectos producidos por las bebidas alcohólicas. Á veces, cuando han ingerido grandes cantidades de jículi—probablemente hasta veinte—suele ser más intenso el efecto de la droga, manifestándose en brusca y violenta excitación. Ocurre, por ejemplo, que un individuo que por la tarde se queda descansando en el templo después de la cacería, salte de repente de su silla, abra ampliamente los brazos y avance precipitado levantando la cara como si quisiese echarse á volar, hablando en el más alto diapason



Huesos de venado con muescas.

de su voz, con todo el aspecto de un loco, y provocando la hilaridad general. Detiéndose de pronto; vuelve á su silla y se sienta; salta de nuevo, y siéntase otra vez con serena expresión de felicidad en la cara. El ataque dura sólo algunos minutos y cesa con la misma rapidez con que sobreviene, pero puede poner muy violentos á los obsesos, hacerlos desgarrarse las ropas y correr contra los otros con gestos amenazadores y gritos salvajes. Á los que caen en ese estado, les atan manos y pies hasta que vuelven á su juicio. Se atribuyen tales paroxismos á los infractores de la abstinencia que impone el culto, y no hay manera de hacer creer en su inocencia.

Nunca he podido comprobar que el uso de la planta produzca posteriormente malos efectos en quienes la acos-

tumbran. Fuera de la estación consagrada al culto, rara vez la comen los huicholes. Mientras la están tomando no experimentan síntomas molestos; pero cuando paran de hacerlo, les acomete un fuerte dolor de cabeza que les dura un día ó más. No hay duda que la planta posee valiosas propiedades medicinales; desde luego, es un inmejorable remedio contra las picaduras de alacrán, y merece ser conocida en lo posible.

El mexicano que me servía de arriero principal tuvo la peligrosa contingencia de que le punzara en la espalda, cuatro veces seguidas, un furioso escorpión. Mi hombre parecía estar de malas con tales bichos, pues numerosas veces le habían picado, llegando á ponerlo en cama por varios días, de suerte que si alguien había que conociera esa plaga, era él, por desgracia suya. La ocasión aludida, había tenido la precaución de dormir entre dos de sus compañeros, y no obstante lo encontró el alacrán. Uno de los mozos fue corriendo á las dos de la mañana á mi tienda de campaña, pidiéndome auxilio, y por mi parte, plenamente confiado en el remedio, ni siquiera me levante, sino que di para el enfermo un jículi fresco, advirtiéndole que no dejaran al hombre beber aguardiente, que es la medicina de que generalmente se echa mano en casos semejantes. La mañana siguiente, el individuo, aunque todavía rígido, podía moverse, pues el efecto del veneno había sido mucho menos severo que las ocasiones anteriores. No sentía ningún temor ni tenía inflamada la garganta, y le desapareció todo dolor por la tarde temprano. Como tres semanas después volvió á ser picado en una mano; pero le bastó chuparse la herida, ceñirse la muñeca con un cordón y comerse un jículi.

Arreglé con el guardián del dios del Fuego que él y algunos de los peyoteros me conducirían á las cuevas sagradas que había en la profunda garganta situada á tres ó cuatro millas al oeste, abajo del pueblo. De conformidad

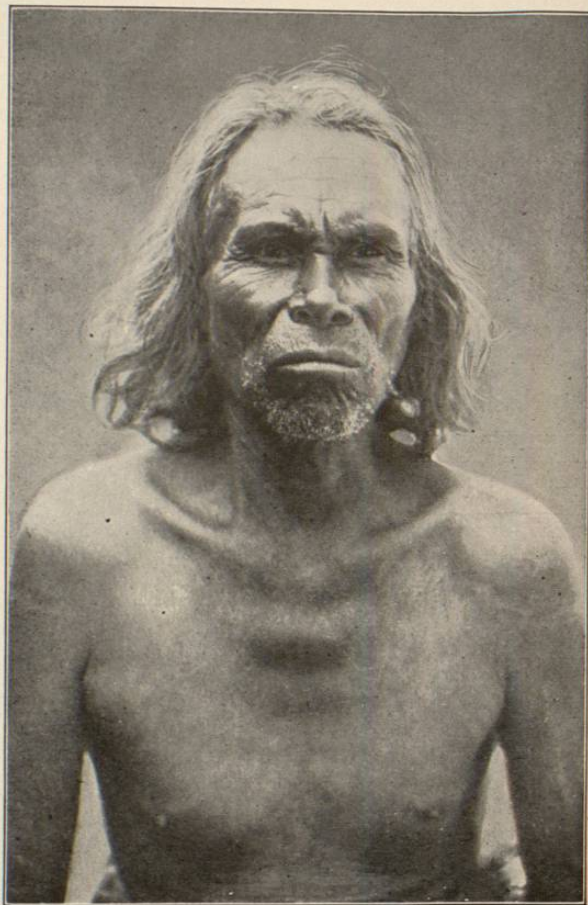
con ello, llegaron á mi tienda por mí un hermoso domingo por la mañana, cuando iba finalizando el otoño. Estaba á punto de partir con el viejo y sus cuatro compañeros, cuando se presentó á nuestra vista un inesperado espectáculo: un padre y sus ayudantes aparecieron encaminándose directamente al viejo curato donde se detuvieron. Juzgué, al principio, que era un deber de cortesía al sacerdote el posponer mi excursión, pero como todo estaba dispuesto y hubiera dependido de la conveniencia de los indios el señalar algún otro día, temí que cualquiera retardo pusiera en peligro mis probabilidades de visitar dichas cavernas, y tomando una rápida resolución, me puse en marcha hacia el sagrado valle.

Desde Santa Catarina se distingue claramente la entrada de éste, en donde hay que dejar los animales y continuar á pie. Habíamos convenido en que yo seguiría á caballo hasta ese lugar, donde se me reunirían los indios que preferían cortar por un atajo. Á los pocos minutos de que hube llegado, apareció el viejo sacerdote del dios del Fuego, seguido, con gran sorpresa mía, de toda la numerosa serie de peyoteros. Sólo las autoridades indígenas y algunas mujeres se habían quedado en el pueblo, con el padre. Me causó pena que la mayoría de los habitantes se hubiesen alejado de la distinguida visita, pero no estaban por entonces en el mejor momento de recibir enseñanzas cristianas, pues se hallaban completamente bajo la influencia de su mágica planta, manifestaban grande excitación y sentíanse ávidos, según ellos mismos decían, de "visitar á los dioses."

Dejando mi mula al cuidado de uno de mis mozos hasta mi regreso por la tarde, seguí á los indios al recinto sagrado que por primera vez iba á ser visitado por un blanco con anuencia de los indios. Contáronme que haría unos cuarenta años, un huichol renegado le enseñó la primera cueva á un padre, pero el sacerdote no había ido más lejos, y

que últimamente, otro indio civilizado condujo por el valle á un peón mexicano que, por ser hombre ignorante, no había podido apreciar lo que veía.

Trepamos por el paso que conduce al valle, que es una



El guardián del Dios del Fuego.

honda grieta abierta en una roca, de altura casi uniforme en toda su extensión, como de cincuenta varas de largo y cuatro de ancho. Aun en ese pasaje hay lugares sagrados. Entrando en la cueva de la Madre Nacahue, la madre de

los dioses y de la vegetación, había á la izquierda, precisamente á la mitad del sendero, una piedra sobresaliente, en cuyo rededor pusieron los indios á cortar el zacate con sus machetes, para que yo la viera bien. "Esta no es piedra, me dijeron; sino uno de los hombres antiguos ó dioses." Ya para terminar el pasaje, á la derecha, filtrábase el agua en el muro de la roca lo bastante para conservar húmedo el sitio. Según me dijeron los indios, dicha roca era un dios ciego. No hay duda que su continua humedad y su color oscuro, juntamente con la tristeza y desamparo del lugar, sugirieron á la vívida imaginación de los naturales la idea de la enfermedad de los ojos y de la ceguera.

Había depositados, al pie de la roca, aljabas rituales y numerosos copos de algodón embutidos en los puntos húmedos, sacrificios hechos á fin de que conserven la vista los niños que bañan en la principal fuente sagrada de las inmediaciones. Los copos de algodón son símbolo de la lluvia, por la semejanza que tienen con las nubes avellonadas ó cirros; y cuando la lluvia trae buenas cosechas y, por consiguiente, salud, sirven también como símbolo de ésta.

Al salir del paso, comenzamos á bajar á un pequeño llano cubierto de sombreros árboles que nos invitaban al reposo. Allí pernoctan los que van á bañarse ó á bañar á sus hijos en las fuentes sagradas. Hacia la izquierda, muy cerca, se precipita rápidamente un arroyo entre los altos y angostos costados del valle. Las rocas obstruyen constantemente su curso que forma aquí y allá pequeñas cascadas y remansos de claras y refrescantes aguas. En ambos lados de la corriente hay numerosas cuevas, especialmente en lo alto del barranco, la mayor parte cerca de las márgenes. Por lo mismo, todas las cuevas son húmedas; en una goteaba agua del techo; en otras había charcos ó manantiales en el piso. Todo esto parece maravilloso al hombre primitivo que fervorosamente considera cada gruta como la morada